

SAID, Edward *Representaciones del intelectual*

Paidós, Barcelona, 1996

Gastón Aín Bilbao

“En tiempos tan oscuros nacen falsos profetas” - dice un poeta español - y quién podría contradecirlo ante la colección de tanto pusilánime y mercenario escribiendo a la orden del Príncipe con licencia de Doctor. En momentos de profundo dolor colectivo por lo ocurrido en Medio Oriente y ante las incesantes tentativas por dotar de ropaje teórico a las injusticias e intereses mezquinos de los poderosos, releer esta obra de Edward Said constituye un bálsamo para la mente y el espíritu.

Nacido en Jerusalén e hijo de padres refugiados, Edward Said viaja a Nueva York donde estudia literatura inglesa y francesa. En *Fuera de lugar*, su autobiografía publicada en 2001, reconoce la derrota Egipcia a manos de Israel en 1967 como un punto de inflexión en su vida que lo llevará a reconocerse como “árabe”, a estudiar su lengua y a asumir su condición de hombre de dos mundos que no termina de pertenecer a ninguno. Su compromiso militante en el seno del Consejo Nacional Palestino y sus duras críticas contra la política de Israel no evitarán reiterados enfrentamientos con Arafat, acusaciones de corrupción mediante, de quien se distanciará definitivamente tras los acuerdos de Oslo.

En toda su obra puede rastrearse una vocación permanente por despertar a la sociedad civil palestina de su letargo conceptual, espiritual y político. En Occidente, se dedicó a destruir un mito de casi doscientos años de duración construido por la academia europea junto a las diversas oleadas de colonizadores, escritores y cronistas, orientado a presentar doctrinas que exteriorizaban la superioridad europea apoyada en falsos dogmatismos y elevada a partir de un racismo muy bien maquillado.

Como alguna vez nos indicara Paco Peñas, docente y amigo, Said es un autor para leer una y otra vez no sólo por la vastedad y complejidad de sus obras sino por su doble condición, “artificial” pero percibida al fin, de oriental y occidental; de hombre de la Academia americana y de palestino convencido y militante. Said es consciente de esta doble pertenencia y la utiliza magníficamente para incomodar a “propios” y “ajenos”, a “ellos” y a “nosotros”; todas éstas, categorías construidas en laboratorios cuyo fin es garantizar la superioridad de algunos seres humanos.

Este trabajo de Edward Said constituye un agudo relato sobre el rol de los intelectuales en las sociedades modernas. Los condicionantes, los contextos, el lenguaje y los destinatarios de la producción de un intelectual, son algunos de los temas abordados en las conferencias que constituyen el núcleo de *Representaciones de un Intelectual*. Para Said, el intelectual está, a lo largo de su vida académica, permanentemente sometido a una serie de falsas opciones que pueden, si sucumbe ante ellas, distorsionar completamente la naturaleza de su obra.

Un intelectual es, ante todo, alguien que participa de la vida pública, de la vida política y por eso, estará sometido a las inclemencias de lo que hace ya casi cien años Weber describiera como una “larga y dura penetración a través de tenaces resistencias”¹; una actividad desalmada en algún punto y para la que se requiere una “madera” especial, un terreno en el que sólo resisten los que están dispuestos a perder todas las esperanzas y, sin embargo, seguir adelante.

Para Said, el intelectual debe estar capacitado, ante todo, para decirle la verdad al poder. Su principal herramienta de trabajo será la libertad incondicional de pensamiento y expresión; su principal actividad, poner en tela de juicio la autoridad; su gimnasia preferida, la crítica despiadada a “lo objetivo” y a “la autoridad”, ya que será conciente de las capacidades del hombre para construir su destino, sus verdades y sus historias.

Representaciones de un intelectual

Said recupera la vasta trayectoria que en estudios sobre el rol de los intelectuales realizó Antonio Gramsci, no sólo por reconocerlo como el primero que señaló a este grupo y no a las clases como elementos centrales del funcionamiento laboral de las sociedades modernas, sino por considerar que las categorías elaboradas por el italiano aún tienen vigencia².

En un mundo donde los medios de comunicación se han masificado y el acceso a la información es indispensable para la realización de cualquier tipo de actividad, Said entenderá que todo aquel que participe en el proceso de producción y distribución de conocimiento será un intelectual en el sentido gramsciano del término.

Si bien Said coincide con Gramsci en que todos los hombres son intelectuales, aunque sólo a algunos les corresponde desempeñar ese rol en la sociedad, se identifica fuertemente con la definición de Julián Benda, para quien los intelectuales son aquellas personas cuya auténtica actividad no está guiada por objetivos prácticos³. Para Said, los intelectuales buscan la posesión de ventajas no materiales y por ello le resulta atractiva e interesante la caracterización que realiza Benda de ellos como “un grupo que aparece siempre opuesto al *status quo*”⁴.

Un intelectual siempre tiene posibilidades de optar en la eterna división existente entre gobernados y gobernantes, poderosos y despojados.

El intelectual debe encarnar un mensaje, una visión, una actitud y una filosofía “para y a favor del público”⁵ y por eso desde un primer momento Said entiende que no existen los intelectuales privados. Desde el momento en que el mensaje se amplifica y entra en la esfera pública, el mensaje es político.

El autor palestino entiende que la política es omnipresente y no existe huida de ella ni intelectuales capaces de mantenerse al margen desde el momento en que algunos de sus pensamientos son publicados. Las argumentaciones a favor de supuestas

objetividades o teorías trascendentales sólo esconden intereses que pretenden seguir ocultos y para Said, el intelectual, ante todo, desenmascara al poder, corre los velos de lo oculto.

De entre los tipos de intelectuales descritos por Edward Shils, los que están contra las normas dominantes y los que trabajan para preservar el orden y la continuidad en la vida pública, es evidente que Said se identifica con los primeros.

El rol del intelectual es el de “agitador de conciencias” y por eso jamás debe buscar contentar a la audiencia sino sacudirla de su letargo, bombardearla con llamadas a la reflexión.

Los personajes que Said rescata de las obras literarias analizadas en su libro, nos muestran a sujetos con una inteligencia crítica, profundamente polémica y, sobre todo, sujetos que experimentan una profunda pasión por el pensar.

En este primer tramo de su obra, si bien Said no defiende la idea de los intelectuales como seres extremadamente diferentes del resto de los mortales, sostiene que los intelectuales “se niegan a adaptarse a la vida doméstica o a la rutina banal”⁶. En el caso de la obra de Flaubert, aprovecha para retratar la caída en desgracia de dos intelectuales a quienes el mercadeo del momento sume en la lógica materialista de la que todo intelectual debe abstenerse.

El nudo neurálgico de la actividad de todo intelectual consiste en las representaciones que éste se construye, realiza y promueve. Sin embargo, hay un paso previo que, según Said, es la toma de conciencia, que debe ser “escéptica, comprometida y consagrada a la investigación racional y al juicio moral”⁷.

La Lucha contra lo molinos de Viento

Si hay una tarea titánica que debe realizar el intelectual, esa es la de desmontar los estereotipos de percepción y comprensión que, amplificadas por las comunicaciones, inundan las sociedades modernas.

Estos todopoderosos sistemas de representación se aplican al arte y a la cultura de masas adaptándolas a los intereses y necesidades de la política. Ahora bien, ¿cómo poder ofrecer resistencia en una era de multinacionales globales, intereses concentrados de la economía y medios masivos de comunicación que monopolizan lo que la gente recibe en sus hogares?

Como reiteradamente sostiene Noam Chomsky, es imposible pretender que los medios amplifiquen un mensaje que en el fondo es contradictorio con los intereses de mercado que ellos mismos representan. Sin embargo, esa es la tarea desoladora y gigante que tiene por delante un intelectual. Para Said, el intelectual debe “avergonzar” al poder poniendo en tela de juicio las imágenes de los discursos oficiales y las justificaciones que éste realiza para perpetuarse. El intelectual, en el ejercicio de esta tarea, realiza dos tipos de acciones: por un lado desenmascara y, por el otro, presenta alternativas.

Por ello, en su obra rescata a autores que, como José Martí en el caso cubano, a pesar de haber colaborado y participado activamente en cambios de régimen orientados a terminar con gobiernos despóticos, nunca pierden la actitud de “vigilancia”, ni desarrollan un rol pacificador, ni mucho menos buscan el consenso. En el mismo sentido rescata a Franz Fanon cuando sostiene que es sumamente importante que el intelectual vaya más allá de lo coyuntural de la supervivencia para plantear cuestiones de liberación política y críticas al liderazgo existente.

Por último, el intelectual debe representar el sufrimiento del pueblo, testimoniar sus afanes, reforzar su memoria utilizando un método que Said describe como la

“universalización” de las crisis, por medio del cual se debe otorgar “carácter humano” a los sufrimientos de una nación o raza particular asociándolos a los de otros colectivos.

El exilio

Para Said el exilio es, además de físico, una condición metafísica fuertemente vinculada a las condiciones de desplazamientos y emigraciones forzadas. El exilio es inquietud, movimiento, estado de movilidad permanente e incluso llega a sostener que el intelectual tiende a “ser feliz con la idea de la infelicidad”⁸.

El exilio plantea un desafío al intelectual que, a la vez, le obliga a no dar nada por asegurado, a aprender a adaptarse a la inestabilidad y a la precariedad. Estas condiciones, al menos para Said, promueven una vida de libertad, una vida sin ataduras que favorecen la creación de conocimiento.

La visión del intelectual cambia cuando está exiliado y las cosas se ven de manera contingente, jamás como inevitables. Este riesgo de estar afuera y el desafío de ponerse en movimiento característicos del intelectual “exílico”, son altamente positivos e inspiradores para Said.

Los límites del intelectual

La barrera más importante que todo intelectual debe superar es la constituida por su propia nacionalidad y los nacionalismos construidos en torno a ésta. Siendo que todos los intelectuales nacen en una lengua y pasan su vida en el contexto de esa lengua que, a la vez, es el principal medio de actividad intelectual, es imposible ignorar las implicaciones de la comunidad lingüística preexistente. Esta comunidad lingüística, para Said, intentará, casi por tendencia natural, preservar el *status quo*. Para Said, reconocido profesor de literatura comparada de la Universidad de Columbia, las formas más generales, colectivas y corporativistas que adopta el lenguaje son producto de

barreras o cercos conceptuales levantados por las naciones y por otro tipo de comunidades supranacionales.

Por este motivo, Said sostiene que en el contexto de actividad de los intelectuales siempre hay una estructura de poder e influencia que se apoya en una historia masificada de valores e ideas articulados.

Otra de las amenazas, quizás la mayor, que debe afrontar un intelectual es el profesionalismo. Este fenómeno extremadamente extendido en las economías de mercado modernas donde toda actividad está dirigida a percibir un beneficio monetario, puede amputar la objetividad del intelectual. El mercado, entiende Said, requiere presentabilidad y apoliticidad pero, sobre todo, personas acríticas que le sean funcionales.

Otro de los desafíos lo constituye la especialización que, para el autor, implica ni más ni menos que la pérdida de la visión del todo. El experto se aísla usando un lenguaje técnico que impide y dificulta que otros opinen sobre el tema.

Resistirse a la seducción del poder es clave para Said porque éste, al final, siempre inhabilita al intelectual. Los poderes corporativos, bancos, fundaciones y demás entidades intentan seducir a los intelectuales para nutrirse de actores que den coherencia a sus acciones y políticas. El intelectual debe rechazar esa tarea que no es más que actuar como títere de los intereses políticos.

Para Said, el intelectual debe vivir acorde a un imperativo moral que obliga a la incesante búsqueda de la independencia en las líneas de investigación, evitando la injerencia de los intereses concentrados de la economía y de la política. Fiel a su estilo, a lo largo de toda su obra, Said no se agota en la descripción catártica de las limitaciones y peligros a los que se ven sometidos los intelectuales. Por el contrario, señala como mejor anticuerpo, la defensa irrestricta de la universidad como centro de elaboración del pensamiento reflexivo y crítico.

¹ WEBER, Max "La Política Como Vocación" en WEBER, M. *El Político y el Científico*, Ed. Alianza, Madrid, 1998.

² GRAMSCI, Antonio *Cuadernos de la cárcel*, Ed. Crítica de Valentino Gerretana, México, ERA, 1999-2000.

³ BENDA, Julián *La Traición de los Intelectuales*, Ed. ERCILLA, Santiago de Chile, 1951.

⁴ *Íbidem*, p. 26.

⁵ *Íbid.*, p. 30.

⁶ SAID, Edward *Representaciones del intelectual*, Ed. Paidós, Barcelona, 1996.

⁷ *Íbidem*, p. 37.

⁸ *Íbid.*, p. 70.